

HÉCTOR PINOCHET CIUDAD

“EL HIPÓDROMO DE ALICANTE
Y OTROS CUENTOS FANTÁSTICOS”



SIMPLEMENTE
EDITORES

El hipódromo de Alicante

Llegó un hombre aquella noche con luminarias en los ojos y en la mano un fardo de billetes anchos como una calle. Lo miraron de a poco, como suele mirarse una desdicha, o una aparición funesta.

Volvieron a escrutarlo entre las sábanas del humo, y él caminaba hacia el mesón, y vacilaba, y era delgado y sufriente, de barba rala. Se afirmó en la barra y pidió una copa. Cuando se la sirvieron, ya no le interesaba, pues estaba embobado mirando hacia las mesas. Estuvo a punto de acercarse acá, pero se detuvo indeciso. El mozo le dijo: “Aquí está su copa, señor”, y él se dio vuelta bruscamente y se la echó al colete. Pagó con unos de esos enormes billetes y le hizo señas al mozo de que se quedara con el resto. El mozo abrió los ojos y la boca y permaneció con el billete a media altura, pero el otro ya se encaminaba hacia las mesas.

El extraño alzó los brazos, manteniendo en una mano el succulento fajo, y casi con mansa premura pidió que le hicieran silencio. Todos callaron, no en acatamiento del imprudente pedido, sino por el encandilante espectáculo del fajo. Antes que alguno pudiera reponerse, se puso a hablar precipitadamente.

Dijo que era un hombre honesto —y lo parecía—, que debía cumplir una apuesta —y ya nadie lo dudaba—; dijo que la misma consistía en gastar toda esa suma —y zamarreó los billetes, despertando codicias—, toda esa suma, dijo, antes del alba. Que el que quisiera aceptar su invitación, la aceptara; que el

que prefiriera sólo dinero, lo tendría. Pero que rogaba, rogaba fervientemente lo ayudaran.

No terminaba todavía su párrafo cuando un matón, uno de esos que envalentonaba músculos forcejeando entre compadres, se adelantó, y de un manotazo se apoderó del fajo. “No se preocupe, amigo”, le dijo, “para hacer gauchadas nos parió este mundo”.

El extraño lo miró con cara más de gratitud que de sorpresa, pero el otro ya se iba a su silla, entre las risotadas de algunos y el desencanto de muchos. Aún se quedó el extraño mirando al matón. Quería decirle algo que le cosquilleaba en la garganta, pero que la indecisión le impedía descargar. El matón, que lo miraba con burla, vino otra vez en su ayuda:

—¿Se le está ofreciendo otra cosita, amigo?

—Sí... Sólo pedirle que ese dinero... Si pudiera usted gastarlo esta misma noche, antes del alba...

—No se preocupe, papacito. Sé muy bien cómo manejar mi plata— le respondió el matón, sacando nuevas risotadas.

El extraño intentó complacerlo con una sonrisa, o dijo algo entre dientes, pero si fue así no se entendió. En todo caso, se quedó allí, como esperando respuesta.

Acostumbrado a observar, aproveché para calarlo en rápida ojeada.

Pronto concluí que, si prescindíamos del fajo, era un pobre diablo que se nos caía de hambre. Su flacura monacal y su barba de rata denunciaban la locura.

El matón, al verlo todavía allí, tomó esa insistencia por insolente desafío, y se puso de pie. A sus ojos vi asomar la chispa inconfundible de la bronca.

Encuadré al maleante para medir su talla, y también me puse de pie. Arrojé a un lado la silla, así, nada más que para sacarle ruido, y me fui con calma hacia él. El silencio congeló el aire, trizado apenas por el ventilador.

A dos pasos, le dije: “Basta de brincaditas, joven. O se corta los cuernitos o se va”.

El matón, cogido de sorpresa, me miró con estupor y odio. Su mano comenzaba a atreverse, cuando alguien le tomó los brazos; otro, que no pude aferrar quién era, pronunció mi nombre en sordina.

El matón palideció. Aflojó todos los músculos y buscó refugio en una forzada sonrisa. Se encogió de hombros y me dispensó una mueca que más que de estupidez servil me pareció de fugaz resignación. Después me alargó los billetes y dispuso, en tono conciliador: “Son suyos, jefe”.

—Yo no soy jefe de gallinas —le respondí—; y ese dinero, mejor harías en devolverlo.

El matón hizo ademán de obedecer, pero en ese momento, como despertando de su letargo, el extraño intervino, moviendo los brazos en gesto de rechazo: “¡No, no; por favor, yo no lo quiero! ¡Que se lo quede él, que se lo quede!”

Yo, que no despegaba los ojos del matón, le sonreí con sorna: “Ya ves, malandra (así le dije), ya ves que hasta pa un bicho brilla el astro. Que ninguna sombra te amague esa candela. Yo que vos me iría a gastar a otra parte esta rachita. Hay mucho filo de noche en esta fonda, y una hoja por ahí te podría apagar la resollada”.

Sin replicar, el matón pagó y se fue con sus compinches. Yo invité al forastero a mi mesa, y él aceptó.

Tal como lo había sospechado, llevaba días sin comer, tantos que no los recordaba. Le hice traer un guiso y agregué otra copa. Y mientras él engullía con fruición y la debilidad le iba poniendo perlitas en la frente, me fue hilvanando lo que a continuación relato.

“Soy un hombre solo, sin familia. Sé que no le interesan mi nombre ni mi nacionalidad, y se lo agradezco. Mañana cumpla los treinta y cinco, y ya ve usted, aparento cincuenta. Mi historia le explicaré la causa. Desde los dieciséis soy jugador. Sí; un vicioso, un apostador empedernido. Toda mi vida la pasé en los antros; conozco el revés y el derecho de la apuesta. No hay

juego de azar que no domine, ni garito que no haya frecuentado. Apostando he recorrido el mundo. Muchas veces la fortuna me tocó; otras tantas la ruina me ha barrido. Nunca hice mal a nadie; en momentos de esplendor, fui más bien generoso. Los amigos, que fueron incontables, han llegado y se han ido con mi suerte. Sin embargo, nunca aticé rencores; tampoco he cultivado envidias. Soy feliz compartiendo en compañía; en la soledad, rumio las bonanzas del pasado.

Le dije que soy jugador desde los dieciséis, pero esa frontera es imprecisa. Puede que lo haya sido desde antes, cuando recorría barrios ganándoles canicas y frutas a los niños. O aun desde los tiempos desvaídos, cuando entre sombra y sombra apostaba al regreso de mi madre. En fin, a los dieciséis frecuenté círculos de crap, jugué póker en salones, recorrí casinos y tugurios. De bienes, heredé sólo la angustia, y mi cultura se reduce a la simple lucha contra los reveses. No creo en el destino; sin soberbia, yo soy el destino, mi destino.

En mi país, aposté día y noche. Tanto jugué, que no hay maña que no conozca ni truco ni señal que no adivine. Cuando ese campo se me hizo pequeño, abandoné mi tierra. Viajé de sur a norte, de oriente a occidente. En tres momentos culminantes hice saltar la banca. He vivido en lujosos hoteles y he gozado a las más hermosas hembras. No me queda finura sin probar, ni deleite de ese poder que no haya percibido. Todo lo que de noble y ruin tiene el dinero, mis sentidos, aunque fugazmente, lo han palpado. Pero también he conocido el hambre, he chapoteado en el fango, he convivido con piojos y ratones. En tiempos adversos, bebí el mate amargo de la infamia y el desdén del poderoso. Ni uno ni otro extremo han desequilibrado mi paciente concepción de la existencia. Me he rehusado a golpear; tengo aguante cuando soy golpeado.

De este modo, mis especialidades zigzaguearon como la trayectoria de mi suerte. Dados, ruletas, cartas, constituyen mi sangre y mi familia. En los últimos años, endilgué hacia los hipódromos. Allí mi erudición no toca límites.

Para abreviar, le diré que la pasión del juego exalta mis sentidos, y todo mi ser vibra en la apuesta. Así, soy capaz de memorizar detalles, acumular informes, almacenar lo que parece nimio y transitorio, y que después será la clave de mi éxito. Muchos hípicas piensan que basta conocer caballo y jinete para calibrarlos. Mi raciocinio empírico me lleva a lo contrario: lo último que cuenta son aquéllos. En cada hipódromo, primero yo analizo el clima, la gente, su idiosincrasia, el flujo y el reflujo en la concurrencia, el lugar en conjunto, la pista, los sistemas; calculo de palo a palo la distancia, de oriente a occidente el sol, los vientos, los aromas. La humedad y las simples partículas del aire son datos de oro que preciso. Después, divido en estamentos: controlo causas, efectos, conductor, cabalgadura, la apuesta clandestina. Pocos saben que el punto justo está en la convergencia de mil y un factores que componen cuadros únicos, armónicos, globales, y que permiten, finalmente, los cálculos futuros. De este modo puedo dividir, cortando a tajo, el esquema de probabilidades en dos vectores esenciales: objetivo y subjetivo. Por el objetivo, mis posibilidades de acierto oscilan —considerando diez caballos— entre 92-95/100. Por el subjetivo —más complicado, pues depende de inestables voluntades—, he llegado a 65-68/100, sin considerar el factor suerte, que también calculo.

Como puede ver, mi inclinación al azar ha disciplinado mi mente y elevado una pasión puramente emocional a categoría netamente científica. No es, pues, de extrañar si le digo que una vez que dominé toda la ciencia de un hipódromo (cada hipódromo tiene su propia ciencia) y obtuve, consecuentemente, ganancias fabulosas, debí, al mismo tiempo, alejarme de él, abandonarlo. ¿La causa? Muy simple: mi juego, certero y lucrativo, venía descubierto. Un séquito de audaces me seguía, y mi apuesta, de artística y científica, en tales manos se trocaba en vulgares ambiciones.

De Sudamérica salté al norte: Panamá, México, Estados Unidos; de allí, sin descansar, me vine a Europa. Sin saberlo yo,

una organización secreta me escoltaba. Yo, que siempre jugué limpio, había creado —ignorándolo— la mafia más poderosa de la hípica. Tan perfecta, que por largo tiempo me fue invisible. Así, cada apuesta mía pulsaba mecanismos portentosos que movían sumas abisales. Contra mis deseos, me transformé en el oráculo de las pistas y en el más vigilado de los hípicos. Cuando lo descubrí, estuve a punto de perder la vida...

Regresé al nocturnal de los casinos y sufrí reveses insalvables. Incapaz de recobrar mi vena, me fui deslizando hacia la sima, y pronto mi fallar fue irreversible. De nuevo en la ruina, opté por retornar a los hipódromos. Era muy arriesgado, pero el hambre, cuando punza, es más aguda que los filos del temor.

Recorrí la hípica de Londres, sin recuperar mi antigua garra. En resumen, no tuve más éxito que el de un simple aficionado o un obtuso apostador de oficio. Recuerdo mi última tarde en Euston. Afirmado en las barandas, con sólo cinco esterlinas en la mano y la carrera final que ya partía, no sabía si apostar a un favorito o asegurarme el pasaje de regreso. La dolorosa indecisión constituía el reconocimiento formal de mi fracaso.

Ausente de mí mismo y del entorno, no había notado que un viejo zarrapastroso —de éstos que pululan por hipódromos y agencias—, con la cachaza propia de los tales y un programa arrugado entre sus dedos, se había acercado y entre dientes mascullaba un comentario. En otra ocasión habría cortado de raíz aquella cháchara. Pero ahora, ni ánimos tenía. En cierto momento, el viejo dijo: Yo sé lo que lo aflige. Pero no se preocupe; aquí tengo al ganador de la carrera.

Le di una mirada irónica. ¿Cuántas veces había oído esa misma frase en otras tantas bocas pitonisas? El deseo, en el hípico, como el instinto en el peligro, supera largamente a la razón.

El viejo captó mi gesto incrédulo. Se restregó sus ojos purulentos y largó una risita desdentada.

—¿Así que no me cree?

Asentí con franqueza.

—¿Y si yo lo hiciera cambiar de idea?

Lo miré con curiosidad. El viejo hacía gala de una tal seguridad en sí mismo, que me irritaba. Sin darme tiempo a contestar, continuó:

—Después de las ciento cincuenta libras que lleva perdidas, yo tampoco sería más confiado. Pero vea: le quedan cinco. Aunque la duda se lo consuma, hágame caso, amigo, hágame caso.

Ahora sí empecé a escucharlo con otros oídos.

—Podría incluso recordarle cada minuto de su existencia, de su larga carrera de tahúr... Pero ¿para qué...? Yo sé que ya me entiende.

Volvió a restregarse los ojos legañosos, abrió el programa y me señaló un caballo.

—Haga como le digo —insistió—. Juéguele a Star Prince... Sí, éste. ¡Va a ganar! ¡Por Judas que va a ganar!

No del todo convencido, asentí. Me aprestaba a irme a las apuestas, cuando me tomó de la chaqueta. Oiga, después que cobre, no juegue más por estos lares. Usted es de otra clase, usted tiene que ir al Hipódromo de Alicante... Sí, allí tiene que ir.

Sacó de su bolsillo un papel ajado, tan sucio como sus manos, y prácticamente me lo pegó en las mías. Vi que decía “MADRID”, vi que había puntos y nombres señalados, lo vi claro y oscuro y repelente. Ese sí que es hipódromo, comentó. Si se decide, allí encontrará su suerte.

Impelido por el anuncio de que pronto cerrarían las apuestas, corrí a las ventanillas. Jugué mis cinco libras a ganador. Después, por curiosidad, di un vistazo al totalizador. ¡Star Prince era el más botado de los pingos!

Con escasas esperanzas vi la carrera. Al entrar en la curva final, una tría de caballos se disputaba palmo a palmo la incierta victoria. Más atrás, un grupo heterogéneo de unos quince y, por último, a varios cuerpos, Star Prince. Estuve a punto de romper el boleto. De improviso, al entrar en la recta final, el caballo empezó a pasar uno a uno a los del segundo grupo y

avanzó devorando palos al encuentro de los primeros. A veinte metros de la meta les dio alcance, los pasó como un rayo y se fue a cruzar victorioso la línea demarcatoria, sacándoles por lo menos un cuerpo de ventaja.

El hipódromo enmudeció. Por un instante no se oyó más que el cansado rumor del viento entre los palos. Después, como si una válvula saltara, un solo clamor de asombro se esparció. Estallaron discusiones; algunos reclamaban, otros imprecaban, pero el veredicto se mantuvo. La carrera, en fin de cuentas, había tenido un desarrollo irreprochable.

Seiscientos once pagó Star Prince a ganador. Después de cobrar las tres mil cincuenta y cinco esterlinas, regresé a las barandas. Le repito: soy leal y generoso en la fortuna, y el viejo se merecía unas mil libras. Pero ya no estaba. En vano lo busqué en las tres tribunas, en vano lo busqué entre el público y por los parques circundantes; ninguno de los muchos a quienes pregunté lo conocía.

Por supuesto, no regresé a los hipódromos de Londres. “Dos días después, volaba a Madrid”.

En este punto del relato, el extraño dejó de comer. Se limpió educadamente la boca con la servilleta, dio un gran suspiro, tomó la copa y me dijo: “A su salud”. Le respondí con un gesto y bebimos. Después, extrajo un sucio pañuelo y se secó cuidadosamente las sienes. Volvió a suspirar y me dijo: “Disculpe, lo estoy cansando...”

—Se equivoca —respondí, y me soné, sin mirarlo, para no darle tiempo a que me estudiara.

“Hace un mes llegué a estas tierras. Cuidando el capital, no intenté colocar apuesta alguna. Mi antigua confianza en la fortuna se asentaba de nuevo en sus estratos. Tomé pensión barata y me dediqué por entero a buscar aquel hipódromo. Ya en las primeras averiguaciones comprobé que no era conocido. Al ini-

cio me consolé con la sospecha de haber consultado a personas no entendidas, pero cuando en una agencia hípica me dijeron que no, y que tampoco en la ciudad de Alicante, me entró la angustia del que empieza a sentirse estafado. Mapa en mano recorrí de punta a cabo la metrópolis, sin encontrar nada”.

La certeza de haber tropezado en Euston con un loco comenzó a emerger con más vigor lógico que mi apresurada creencia en tal hipódromo. Así me sorprendió el tercer domingo madrileño. Ante tan escasas perspectivas, decidí retornar a mis nidales.

Poco antes de mi partida, salí a recorrer el barrio de Argüelles. Como había ocurrido con los otros, conocía ya sus calles de memoria. Habiendo decidido romper el papelito y olvidar para siempre el asunto, di, como última tentativa, un postrer vistazo a los contornos. Finalizado ese recorrido, saqué el papel de mi bolsillo y por enésima vez lo desplegué. Sonreí con amargura al ver marcadas cruces y dibujos, esquinas convergentes, puntos de referencia y orientaciones inexistentes, inventadas. Me encontraba en el momento justo en que uno, al romper una carta o un mensaje, rompe simultáneamente con las amarras del pasado, cuando, saliendo de no sé dónde y atravesando la desierta calle, vi venir en mi dirección al mismo vejete de esta historia.

Era él: su mismo astroso abrigo, su rostro de pergamino, sus manos sarmentosas. Mientras se acercaba, me pareció más tenue, más exiguo y contrahecho, más sombrío. En su boca desdentada aparecían y desaparecían las estrías, dibujando la misma mueca repulsiva. Ya me había reconocido, y me asestaba miradas de picardía.

—¿Qué no es mi amigo de Euston? —exclamó con la voz papada del decrepito—. ¿Cómo le ha ido en el hipódromo...?

—¿Cuál hipódromo? —le pregunté, devolviéndole la ironía.

—Sí, sí, lo sé —respondió—. Usted me buscó en Euston y no me encontró; usted busca el más famoso de los hipódromos

del mundo, y tampoco lo halla. ¿Es que usted no encuentra nunca nada?

—Si fuera encontrable lo inencontrable...

—Qué extraño —me respondió, pestilenciando el aire con su aliento—. Y, sin embargo, el tal hipódromo existe, funciona, y está aquí, cerquita... Ahora vengo de jugar allí... Abandoné nada más que por cansancio, pero de ganar allí, se gana. ¡y cómo! —dijo, abriéndose el tirillento capote y mostrando los bolsillos llenos de billetes.

Como cuando se abre una ventana y el viento, arrebatado de improviso, irrumpe inflando y batiendo cortinajes, así sentí de pronto hincharse mi pecho por los soplos de la ambición y mi corazón oscilar en vaivenes ahogados. Intenté disimularlo, pero no pude.

—¿Quiere decir que las carreras terminaron...? —le pregunté, con la ansiedad incontinida de los hípicas.

—¡Qué va! ¡Están sólo empezando!

—Pero... entonces, ¡dígame dónde es!

Ya no lograba controlarme. Lo había tomado de las solapas. ¡Le estaba rogando!

El viejo se veía cansado, pero se rió. Después dio un largo bostezo, se rascó la cabeza con sus dedos de mugre y suspiró.

—Bueno... Váyase por allí. El mismo camino lo guiará...

No quise oírlo más; ni siquiera me despedí.

Dando trancos enormes, me largué en esa dirección. Sin darme vuelta, oí que decía a mis espaldas: “¡Que le vaya bien!”, y me alcanzó su grosera risotada.

Llegué a la esquina y doblé. Una callecita corta, por la cual nunca había caminado, y flanqueada por dos hileras de acacias, conducía a una vieja casona entenebrecida. La reja que la precedía, de altas lanzas oxidadas, parecía cerrar cualquier acceso allá en el fondo. Al ver que en nada se parecía a lo que buscaba, sentí renacer mi desaliento. Además, aquella soledad, sin un alma en los contornos...

Seguí avanzando.

El ambiente se cargaba de opresiones. Miré las copas de los árboles: una incipiente niebla las cubría, y el cielo, encapotado, semejava un techo de penumbras. Traté de desentenderme y apuré el paso.

Al llegar a la reja, advertí que no me había metido en una calle ciega: un angosto boquete, a la izquierda, abría un senderito que bordeaba la curva barriguda de un muro. Endilgué por allí, y pronto me topé con dos elevadas columnas. Eran altas y toscas, de ladrillos carcomidos. Para observarlas mejor, me separé algunos pasos: en sus cimas, como si se alejaran, sendas cabezas caballunas aparecían y desaparecían al paso de la niebla. Más abajo, un letrero, de indefinidos colores y borroso: HIPÓDROMO DE ALICANTE.

Le aseguro que desde el primer momento aquél se me presentó como el hipódromo más extraño que jamás hubiera visto. Desde ya carecía de ventanillas para comprar el boleto de acceso. Por más que las busqué a ambos lados de la entrada, no las encontré. Dado que el gran portón permanecía abierto y sin custodia, me decidí y pasé.

El pasaje se prolongaba en una calle, también bordeada de acacias, cuyas copas se escondían enteramente en la niebla. El ambiente más se podía comparar al de un camposanto que al de la alegre sede de un hipódromo. En suma, era un disparate pensar que hubiera por ahí alguna pista. En mi caso, cualquier otro habría desistido, tirando al tacho porfías y deseos. No yo. La posibilidad de apostar, aunque fuera remota, estimulaba mi ansiedad, y las dudas que el entorno iba creando las desechaba tercamente, buscando justificaciones banales y risibles. De este modo, sin dejar de caminar, me desentendí de esas evidencias y, como buen hípico, agucé el oído y el olfato.

La calle me llevó a la embocadura de otro senderito a la derecha, que rodeaba una alta muralla de ladrillos. La niebla de la mañana había ido en aumento, y ahora cubría los árboles hasta la mitad de su tronco. A pesar de eso, semi perdidas en los velos

brumosos que casi lamían el terreno, distinguí empalizadas y, muy luego frente a mí, la inconfundible entrada a las tribunas.

La puerta estaba entreabierta.

Le di un empujoncito y entré.

Me vi en el interior de un recinto casi en penumbras. No obstante la oscuridad, presentí que se trataba de un local espacioso, en cuyo aire circulaban humores de bodega azumagada. Di unos pasos inciertos, y logré aferrarme a algo duro, liso y frío. Agucé la vista y pude distinguir los tubos bronceos de una baranda; más allá reconocí una ventanilla de apuestas.

Estaba, por lo tanto, en los amplios corredores destinados a ese fin. Con los ojos ya más acostumbrados, percibí ahora en su conjunto las clásicas ventanillas dispuestas en hilera, los tableros que colgaban por aquí y por allá y los boletos, pisoteados y sucios, que tapizaban el suelo.

Al ver ese abandono, volví a pensar en la locura del viejo y en su obsesión por conducirme a los intramuros de unas ruinas perdidas. Pero ¿y el modo y la seguridad con que me había hecho ganar en Euston la carrera? ¿Y la cantidad de dinero que llevaba hoy en el forro de su abrigo?

Quise buscar respuestas cabales y me topé con otras tantas confusiones. Por último, renuncié a darle más vueltas al asunto.

Abominando de mi mala suerte, me quedé allí un rato, sin moverme. Creo que encendí un pucho, creo que di algunos pasos imprecisos.

De pronto, bajo ese silencio de piedra, oí un extenuado rumor de lejanías. Para el profano, todo indicio puede quedar invalidado; no, claro, para el hípico.

Como si el corazón reclamara su propia autonomía, presa de un enorme júbilo lo sentí desbocarse aquí en mi pecho. Agucé más el oído, y ya no tuve dudas: en la gradería había gente, ¡y cuánta! Me aprestaba a correr hacia allá cuando, por una de las sombrías ventanillas, asomó el rostro macilento de un anciano. Sacó una mano huesuda y transparente y me llamó.

Ante aquella exangüe aparición, bajo ese silencio, en medio de ese ambiente equívoco, mi regocijo se transformó en un razonable temorcillo; pero, armándome de valor, obedecí.

El viejo había vuelto a esconder la cabeza en el interior, y, amparándose en las sombras, me miraba con ojos turbios y ausentes. Después, como tratando de ser gentil, me dijo: “Si desea apostar, señor, puede hacerlo en cualquiera de las ventanillas. Todas están en funcionamiento”.

—¡Pero si esto se ve vacío! —le dije, creyendo que me tomaba el pelo.

—No, no —dijo el viejo—; lo que pasa es que usted es nuevo en este hipódromo... Pero no se preocupe. Poco a poco se va a ir acostumbrando...

Dicho esto, me alargó un programa que dejó sobre la ventanilla. Después, se retiró del todo hacia lo oscuro.

Con aprensión tomé el programa, y en esa semipenumbra me puse a hojearlo. De vez en cuando percibía rumores venidos como del subsuelo, pero estaba tan interesado en saber cómo se desarrollaban allí las carreras que poca atención les prestaba. Sin embargo, otra sorpresa me deparaba aquel hipódromo.

Sí, porque si la actitud del viejo me provocó extrañeza, mucha más me produjo el insólito folleto. Y digo insólito por decir algo, ya que nunca pensé encontrarme con un opúsculo de tales propiedades.

No sé si alguien alguna vez soñó semejante engendro y lo transcribió a un fantasioso libro, y yo, que leo todo, en ese momento de alucinación lo recordé y lo transmití a ese folleto, haciéndolo verdadero, verdadero para mí... No sé. Sólo recuerdo que lo tuve en mis manos, que en ese momento sí existía, que cuando me puse a hojearlo, cuando logré medir su contenido, lo único que pensé fue hallarme en las zahúrdas de lo innombrable e irremediamente perdido entre sus dédalos. Porque...

“Pero es mejor que le describa aquel programa; y le ruego, le ruego que si usted no cree un comino de cuanto ahora le relato, me lo diga sin más, y no seguiré abusando de su paciencia...”

(A decir verdad, nada le creía al pobre hombre. Pero acaso por entretenerme, por no cortar su desahogo o por respeto a su indefensa fiebre, le dije que siguiera y me acomodé para escucharlo).

El extraño continuó:

“En la primera página se leían las consabidas instrucciones que todo buen programa hípico destina a los neófitos. Esto es normal. Pero ya en la segunda comenzaban las sorpresas. Por ejemplo, a pesar de indicarse el nombre y el número correlativo de cada caballo, no se mencionaba la carrera. En su lugar, venía el nombre de un hipódromo extranjero y la fecha. Para un conocedor como yo, aquello era una simple tomadura de pelo, porque la carrera que tenía allí presente hacía tres años que se había corrido en Buenos Aires. Di vuelta la página y me encontré con algo parecido. Pronto concluí que aquel programa reunía, en su primera parte, ¡todas las carreras ya corridas en la historia de la hípica! Usted podía cansarse de volver y volver páginas. Miles y miles de reuniones, de todos los hipódromos del mundo, estaban allí registradas. Si aquello se hubiera impreso en forma normal, no habrían bastado treinta tomos en papel biblia. Pero en ese ínfimo folleto... En la segunda parte usted podía hallar todas las carreras que se correrían en el futuro, en todos los países del globo... ¡con los resultados ya impresos al final de cada columna!”

El extraño se secó el sudor de su frente, empujó el codo, y después de un largo trago continuó:

“Abrí el folleto en cualquier parte de la primera mitad, y me topé con el hipódromo de Caracas y todas las reuniones hípicas

en él desarrolladas. En otras páginas, las de Palermo, Chicago, La Palma, el Club Hípico de Santiago; innumerables las de Inglaterra, Italia, Francia, Portugal, Japón, España... En el vértigo infinito de los nombres, pude distinguir plazas familiares, eventos y caballos conocidos, Derbys famosos por sus finales. Como ya creo haberle dicho, tengo especial sensibilidad y memoria para recordar detalles cuando de apostar se trata, de modo que muchos de aquellos resultados los sabía al dedillo. Pero ¿para qué podía servirme un tal programa? Las carreras de la primera mitad ya se habían corrido, y las de la segunda estaban por correrse en el futuro...”

Volví a la ventanilla, decidido a averiguar, y de inmediato apareció, en su brumoso refugio, el de los ojos aguachentos.

—Perdone —le dije, mostrándole la página—, ¿podría usted...?

Pero no me dejó terminar la frase.

—Ah —me respondió—, usted quiere jugar para Aversa. ¿Qué caballo...?

—Pigmalión —dije, secundándolo en lo que tomé por una broma de viejo, porque yo sabía —y seguro que él también— que Pigmalión había ganado esa carrera.

—¿Cuánto?

—¡Diez mil! —contesté, sin ocultar la sorna. Extendió con rapidez un recibo, un legal e impecable boleto de carreras, y me vi en la obligación de seguirle el chiste pasándole un billete de diez mil pesetas.

A todo esto, los pasillos se habían ido llenando de vagas sombras. Acostumbrado ya al ambiente, y habiendo vencido esa oscuridad, pronto las fui distinguiendo: pasaban por mi lado japoneses, sudamericanos, ingleses, alemanes. En la penumbra se podían reconocer más por sus silencios que por sus palabras, ya que no hablaban, o hablaban muy poco. Tal comportamiento no me asombraba: el hípico, introvertido y mustio, vive su propio mundo y recorre sus propias diagonales en el mapa an-

gustioso de su apuesta. Y allá iban, cada uno con su ilusión auestas...

En la ventanilla, el viejo había desaparecido. Caminé, deteniéndome a trechos, a lo largo del ancho pasillo. Vi que las apuestas se hacían en orden y con rapidez. Cada apostador, después de haber jugado a su caballo, recogía el boleto y se iba a las tribunas. Cumplían el trámite con premura, como temiendo que los pingos partieran, con la misma sed de espectáculo y ansiedad de resultados que tanto conocía. Me metí entre ellos y, después de ascender escaleras y girar en caracol, desembocamos de lleno en las graderías. Como en las tribunas de todos los hipódromos, boletos, papeles, tapas de botellas y diversos desperdicios cubrían peldaños y rincones. Busqué un lugar y me senté.

Desde allí habría podido observar toda la pista. Sin embargo, era casi imposible: la niebla, cada vez más densa, apenas si dejaba ver la empalizada de la recta, y allá, venciendo esos hollines, el disco rojo de la meta. Pensé que era una lástima perderse la mitad del espectáculo, aunque, a decir verdad, dudaba de que pudiera realizarse, y más aún de que respondiera satisfactoriamente al absurdo de mi apuesta.

Tenía la mente lúcida, expectante.

La galería se había ido repletando. Ya no quedaban asientos disponibles, y allá abajo, desparramados y silentes, restaban muchos de pie, que repasaban sus programas, arrugaban el entrejejo, se chupaban el dedo o se rascaban la cabeza buscando el ganador. Todo eso me parecía risible. ¿Qué tanto cavilar por carreras cuyos resultados ya se conocían...? Bastaba recordar el pingo, y ¡listo! Lo demás, claro, era una escena. ¡Pero todo me parecía una escena! Acaso esa vasta teatralización y su burda montadura venían de lo alto y con un fin. ¿Cuál? ¿Qué sabía yo! Sólo me daba por sospechar manipuladores ocultos, propósitos de oscuras mentes que quizás supieran de mis acabados conocimientos hípicos y estuvieran buscando el modo de envolverme en sus letales trampas... O tal vez no...

Haciendo divagar mi cerebro, pasando de una a otra hipótesis, decidí esperar que los acontecimientos se mostraran por sí solos. Me estaba acomodando en el asiento, cuando por los parlantes se oyó la nítida voz de un anunciador que en perfecto italiano decía: “¡I cavalli si avviano alla partenza. Tra un minuto si chiudono le scommesse al totalizzatore...!”

Cuando un hombre va de sorpresa en sorpresa, es capaz de confundir la realidad con las visiones, y, peor aún, aceptar estas últimas como la lógica versión de la verdad. Eso y no otra cosa me estaba sucediendo; eso, digo; aunque, pasados algunos instantes, tuve el coraje de preguntarle a mi vecino, un vasco con boina y todo, si por ventura no estábamos en España para que los anuncios por el parlante se hicieran en italiano. El vasco me dio una mirada fugaz, esa mirada ausente de los hípicas, pero no me respondió; pareció sumirse con mayor concentración en la lectura de su propio programa. Al cabo, sin sacar la vista de las hojas impresas, como si leyera en voz alta, me preguntó: “¿Acaso es usted nuevo en este hipódromo?” Y sin esperar respuesta: “Es por eso que se admira...” La primera vez siempre sucede así, siempre... ¿Para dónde me dijo que había jugado? ¿Para Italia...? Entonces, ¿no le parece justo que le transmitan los detalles de la carrera en italiano?

—Bueno... sí; pero, ¿y usted? —le pregunté, temeroso de oír la respuesta—. ¿También usted y... los demás, todos apostaron para Italia...?

—¡Qué ocurrencia! —me dijo, como riéndose por lo bajo—. Bueno... siempre sucede así. Son las primeras veces, ¿sabe? Es sólo al principio que cuesta...

Sacó los ojos del programa y los clavó en los míos. “Por supuesto que yo jugué a mi gusto... Y los otros, seguramente al de ellos. ¡No faltaba más!”

Sacó su boleto, como para reafirmar lo que me iba a decir.

—Mi caballo es Aron Back. ¡Corre en Florida! —subrayó, golpeando el aire con el cartoncito—. Ese es mi gusto, y créame, se corre una fija, ¡una fija! ¡Ja, coño, ya verá!

Se guardó el boleto y plegó el programa.

—Anuncian que ya partieron —dijo, poniendo los ojos en la pista.

Por mi parte, nada había escuchado.

—Perdone —me advirtió, seguramente para que no lo importunase—, pero a mí me gusta ver la carrera en silencio.

Puse también mis ojos en la pista. Allá, al interior de la recta, una obscuración de niebla la cerraba. Detrás de esa cortina, que borraba tres cuartas partes del recorrido, fuera uno a saber qué escena se montaba. Pensando en eso estaba cuando los presentes empezaron a ponerse de pie y a gritar. Como todo hípico sabe, ése es un fenómeno natural que se produce en los momentos culminantes de toda carrera y en cualquier hipódromo del mundo. Pero allí... en esas condiciones...

Por seguir la corriente, también me puse de pie.

Nada se veía, en absoluto. Pero no era eso lo más extraño; lo más extraño era lo que se escuchaba. ¡Cada apostador avivaba un caballo diferente!

¿Sabe usted lo que es estar entre miles de aficionados de diversas razas y lenguas que azuzan con voces delirantes nombres de caballos que existieron y compitieron en lugares y tiempos ya olvidados...? “Yo no hacía más que observarlos y escucharlos, con la seguridad absoluta de hallarme metido en una orgía de demencia”.

El extraño se bebió de un golpe otra copa y continuó:

“Sin embargo, a poco de haberme puesto de pie y dirigir la vista hacia donde ellos la ponían, vi allá en el fondo, donde se insinuaba la curva que daba inicio a la recta final, como saliendo del negro murallón de nubes, la irrupción de un grupo de caballos, el mismo que cinco años atrás, con mis propios ojos, había visto competir en el hipódromo de Aversa...”

El espectáculo duró sólo unos segundos. De atropellada, Pigmalión despuntaba por fuera, y en ese punto ya no pude contenerme, y todo el hípico que llevo dentro me salió por la garganta y me puse a gritar y azuzar, agregando otro nombre al fervor de millares de nombres avivándose.

Cruzaron la meta, y yo, en frenesí como los otros, no hallaba con quién celebrar la llegada, y no pudiéndome contener por más tiempo me volqué al vasco: “¿Vio qué carrera...?”

—¡Magnífica! —me respondió—. ¡Aron Back es imbatible!

—¿Qué dice...?

—He dicho que Aron Back es imbatible. ¡Todo un campeón! Claro que eso para ningún hípico es un misterio. Cualquiera lo sabe. ¿Vio usted...? Le sacó por lo menos siete cuerpos al segundo. ¡Siete cuerpos en sólo cincuenta metros...! ¡Ah, esa ventaja en un pedacito así de pista la saca sólo un crack, un verdadero crack!

—Pero... ¿qué cosa me está usted diciendo? — le repliqué, en el colmo de la extrañeza—. ¡Si el que ganó fue Pigmalión! Claro que fue una llegada de maestro. ¡Pero ganó por medio cuerpo y no por siete! ¿O acaso no vio la carrera?

El vasco, como si mi brusca reacción lo hubiese hecho caer en alguna cuenta, me cruzó una sola mirada de disgusto y, sin decirme nada, dio media vuelta y se abrió camino hacia las escaleras que llevaban a las ventanillas.

Miré a mi alrededor. Toda la tribuna parecía venirse abajo. No había un solo hípico amargado, ninguno que rompiera o arrojara lejos el programa, que maldijera o callara entristecido. Todos celebraban, se abrazaban, levantaban los puños y nombraban a sus favoritos, los señalaban con el dedo en el programa, besaban la página como quien besa la estrella que al fin se ha logrado tomar con la mano, lloraban...

Lentamente me fui a las ventanillas. Me urgía saber en qué iría a terminar aquello, cómo se las arreglarían los del hipódromo para responder de ese resultado en que todos eran ganadores...

Sin inmutarse, el cajero me pagó en liras italianas; grandes billetes que revisé uno por uno... Todo en regla, todo —perdóneme la incongruencia— sencillamente “normal”.

De allí en adelante no tengo noción clara de lo que hice. Recuerdo sí que, al sentirme libre de la acuciante mandíbula de la incertidumbre, me lancé en una desenfrenada carrera de apuestas que no me daba tiempo ni respiro. Tan pronto recibía el boleto, corría a las tribunas, me sentaba apenas lo necesario para calcular la partida, y momentos después me ponía de pie. Sabía que ése era el instante en que saldrían del muro de niebla los pingos arremetiendo, en que vería las blusas multicolores de los tendidos jockeys y las fustas golpeando los ijares. Pero, sobre todo, que vería a mi favorito cruzando victorioso el disco de la gloria. Después del júbilo volvía ansioso a las ventanillas, cobraba, jugaba, tornaba a subir, corría atolondradamente y me iba a sentar en algún lugar en medio de las tribunas.

Cuando ya estuve ducho, descubrí las apuestas simultáneas. Consistían en apostar a varios caballos a la vez, en distintas carreras. El hecho en sí no habría sido extraño, pues, como es sabido, en los hipódromos modernos se puede jugar al mismo tiempo para otros que estén funcionando en el país. Pero en aquella pista...

¡Ay, insensato de mí...! Podía apostar a siete favoritos de siete carreras diferentes y gozar, sin inmutarme, las siete llegadas simultáneas... ¡Y no me rebelaba ante esa impostura!

Con el pasar de las horas, la exultación del comienzo se fue mudando poco a poco en impulsión mecánica, y después en desdeñosa indiferencia. Desprovisto de entusiasmo, jugaba, subía, volvía a bajar, cobraba, jugaba, subía...

Al principio guardé las ganancias en los bolsillos. Muy pronto éstos se repletaron, y me vi obligado a romper el forro de la chaqueta para echar los fajos en su interior. Pero al rato esa medida también se hizo insuficiente, y tuve que rasgar la vestimenta hasta convertirla en tiras que me permitieran amarrar

en mazos los billetes. A poco, aquello se fue transformando en insoluble problema de logística. Tal como le digo: con tanto dinero y tanto peso, se me hacía ya difícil trasladarme de un punto a otro. Además, todos podían ver cómo mi caudal aumentaba, y esa condición de evidencia a los ojos ajenos me ponía intranquilo.

Buscando alguna solución, encontré en el extremo de un pasillo una puerta silenciada por la herrumbre. Cerciorándome de que nadie me espía, me colé con prontitud, y vi que se trataba de una antigua letrina abandonada. El lugar me pareció adecuado, y allí, en un rincón, empecé a almacenar mis ganancias.

No sé cuánto tiempo estuve jugando. Pueden haber sido días, semanas, meses. Ahora trato de recomponer esos instantes, pero a mi memoria vuelven sólo detalles aislados, que no proporcionan ningún cuadro de coherencia. Hubo momentos en que el cansancio me obligó a sentarme por un rato. En tales ocasiones pude razonar. Y haciendo un recuento me dije que bastaba. De apuestas estaba hasta la coronilla, dinero tenía más que suficiente, tanto que doblaba la fortuna que hubiera podido alcanzar en todas mis épocas celestes. Además, necesitaba descansar. Después, vería si deseaba continuar con aquel tren de juego desmesurado; para decidir sobre eso sobraría tiempo.

Pero cada vez que iba a tirar aquel maldito programa con sus infinitas carreras ya corridas, o era yo quien lo abría o era éste el que se desplegaba en páginas de suerte, y una carrera de un lugar lejano, de un año, de un día, un sabor amargo que era necesario endulzar ahora, emergía con toda la fuerza de su tentación, y yo corría y jugaba y volvía a tomar el hilo infinito del apostar del apostar del apostar, porque de eso se trataba. ¿Acaso mi sueño no había sido siempre aquél? ¿Acaso la motivación última, incubada en lo recóndito de mi ser, no tendía incansablemente a descubrir la sublimación del juego, la panacea de todas las apuestas? ¿Y qué era aquel hipódromo, sino la cima más alta de ese sueño...?

Ya no tenía que morderme el alma en cada apuesta. Ningún riesgo existía ya; se había transformado en un simple acto mecánico en el cual yo no aportaba más que una mera elección preconcebida, y si empleaba mi mente, antaño poderosa, era sólo en un vulgar esfuerzo de recordación y en mezquinos cálculos de cifras.

El juego dejaba así de ser juego; era un recoger, un extraer dinero de un forado, de un arca eterna que quizás no tuviera, como el mismo programa no tenía, límites de espacio o de tiempo. Toda la magia del riesgo, en un cuadro de posibilidades definidas, habíase esfumado. En su lugar quedaba la tediosa faena de acumular dinero. Y aquella vulgaridad me estaba aburriendo...

Volví a la pieza oscura, guardiana del tesoro. Era tal la cantidad de fajos encastillados, que ni a carretadas habría sido posible su transporte. Si continuaba mi frenético juego, pronto aquel recinto se tornaría estrecho; y aunque encontrara otro, ¿adónde iría a parar finalmente aquella fiebre...?

Además, sentí miedo de ser robado. Desde la oscura soledad de mi sucucho vislumbraba en sombras el tráfigo tenaz de aquellos hípicos, y el temor de que alguno entrara, descubriera mi dinero e intentara despojarme, afloró con mayor fuerza que los incontenibles deseos de jugar. Tenía que preservar el escondite, evitar que mis ganancias fueran descubiertas, asegurarlo todo.

Salí, revisé rincones, galerías. Sólo pude dar con un montón de sucias y apolilladas tablas, que transporté a escondidas en un momento en que todos habían subido a ver y aplaudir su enésima carrera. Aprovechando el instante, me puse de inmediato a la tarea.

Estaba terminando de cubrir con esmero mi tesoro cuando se abrió bruscamente la puerta. En la semi oscuridad se recortó la figura de un hombre que miraba insistentemente en torno suyo, desorientado tal vez por las sombras y sin que al parecer me hubiera descubierto todavía, ni tampoco el dinero. Salí de mi rincón y lo enfrenté diciéndole: “¿Qué busca usted aquí?”

—¡Oh, perdone! —me respondió—. No lo había visto. ¿No existía por esta parte una letrina?

—¡Qué letrina ni qué nada! ¡Usted sabe bien que no hay ninguna! ¡Hágame el favor de retirarse, o lo saco volando de aquí!

El hombre, sin inmutarse, me miró con curiosidad. Después observó mi rústico trabajo, la incipiente tapiadura. A través de las muchas rendijas, como jetas desganadas, asomaban imprudentes fajos de billetes. Volvió a mirarme, pero esta vez con una mueca de ironía.

—¿Teme qué le roben? —preguntó. Noté que estaba a punto de largar la carcajada.

—¡Le dije que se fuera!—insistí. Y para demostrarle que hablaba en serio, cerré los puños y me acerqué hasta casi tocarlo.

Pero el hombre no se movió ni batió pestaña. Sólo cambió el gesto irónico por uno de bondad, casi de lástima, y meneó la cabeza entristecido.

—Sucede así —dijo—; siempre sucede así. Pero es nada más que al principio...

Y se fue.

Cuando logré reaccionar, me largué tras él, abriéndome paso entre los apostadores. Lo alcancé en el momento en que se disponía subir a las tribunas.

—Perdone —le dije, hablando entrecortado y acezando—; seguramente me estoy comportando como un idiota. Pero usted me tiene que explicar qué significa eso de que sólo sucede así al principio. Le advierto que yo estoy llegando ya al final; más bien dicho, ¡ya llegué al final...! Estoy harto, y ahora me voy con mi dinero. Pero es la tercera vez que escucho lo mismo, y no quiero irme sin saber de qué se trata.

El hombre volvió a dirigirme sus ojos, pero esta vez rezumaban una dolorosa e impotente humanidad.

Al cabo me dijo: “Escuche, amigo: usted está en la pista más buscada y deseada por los hípicas del mundo. ¿Sabe lo que eso significa? Se lo diré: usted tocó la cima; después de esto, ya no hay más; ni deseo, ni sueños, ni ansias ni delirio; esto es el tope

del pedido, el punto omega de la ambición humana; usted está en el Hipódromo de Alicante...”

Se quedó escrutándome en silencio. En seguida, como si le costara pronunciar cada sílaba, me dijo: “Aquí el juego sólo tiene comienzo, nada más que comienzo...”

—¿Quiere decir que me impedirán la salida...? ¿Que me obligarán a seguir jugando... a permanecer aquí contra mi voluntad...?

—No he dicho ni he querido decir eso. Al contrario, estas puertas están siempre abiertas.

—¿Y quién, entonces, puede impedirme que me vaya...?

Levantó una mano huesuda y con el índice me tocó el pecho. “Usted”, dijo. “Nadie más que usted.”

Bajó la cabeza, dio media vuelta y subió a la tribuna.

Regresé lentamente a mi escondite. Los pasillos se extendían vacíos, y entonces advertí algo que antes se me había escapado: otras puertas similares a la de mi cuarto se alineaban una tras otra a lo largo del muro. Aprovechando la momentánea soledad, abrí una. El espectáculo que se me presentó delante era digno de los ojos de un avaro: pilas y pilas de billetes de todas las nacionalidades allí se encastillaban. Flamantes esterlinas, verdosos dólares, multicolores florines, marcos acerados, yenes, pesos y pesetas, escudos, francos, liras y cruzeiros; tanto dinero era y tan disímil y tan amontonado que la visión obnubilaba, hundía y aturdía. Cerré la puerta y abrí otra: con pocas variantes, se repitió la misma escena. En la tercera, igual.

Dejé de inspeccionar. Con lo visto era suficiente. Todos aquí eran ganadores...

Rumiando las palabras de aquel hombre, me fui a mi escondrijo. Al entrar y ver ese dinero, al comprender en ese instante el diabólico significado de su atracción, de su fuerza, de la subyugante órbita que a él me ataba, me creí perdido, y estuve a punto de caer derrotado ante ese sino.

Pero un residuo de voluntad giraba en mi cerebro, y pude sacudirme y decir basta.

Me fui a la ruma y cogí gruesos fajos. Me los eché en un bolsillo, y después de asegurarme de que el resto quedaba medianamente camuflado, avancé por los pasillos resuelto a encontrar una salida. Era la primera vez que me disponía a abandonar un hipódromo antes que el programa concluyera.

Pero, ¿tenía fin ese programa? ¿Había alguno de aquellos híplicos que deseara su fin?

Al pasar por una de las escaleras que conducían a las tribunas y verlos subir, boleto en mano, sentí que vacilaba. ¿Era cuerdo lo que estaba haciendo? ¿No estaría errando al interpretar de ese modo un par de frases de aquel hombre? Toda mi vida la había dedicado a la apuesta, a cocerme en su esencia, a buscarle el asidero a la fortuna. Ahora estaba aquí, en el reino del summum, en la más alta escala de los sueños. ¿Por qué, entonces, dejarme arrastrar a la renuncia? ¿Por qué huir de esa dicha indiscutible que me proporcionaba el juego?

La rapidez de mis pasos comenzó a mermar. Cerca de la puerta de salida, me detuve. Abrí el programa y leí: “Hipódromo Chile. 19/2/19... GRAN PREMIO AMERICANO.” Y más abajo: “Ganador: ALTRIX. Jinete: F.. T...”

¡Altrix!, me dije, y recordé como entre nubes la hazaña del campeón.

Volví a vacilar. Allí, a pocos metros, la puerta de salida. Acá, a otros tantos, la primera ventanilla y, apenas asomando, la invariable mirada del cajero.

“¡Altrix!”, repetí, y la extensión de aquellas pistas jugaba en mis pupilas. “¡Altrix!”, seguí diciendo, y la puerta de salida se me fue alejando como la boca de un túnel se evade del tren.

Pero era yo el que se alejaba, el que regresaba, el que se plantaba ante la ventanilla y le decía al cajero, sin mirarlo: “¡Altrix!”, y recibía el boleto y corría radiante a las tribunas...

Gocé con renovadas ansias la inolvidable carrera del overo. Y volví a festejar otras y otras victorias memorables. El hecho de haber abandonado, al menos por el momento, la decisión de partir, por no sé qué razones de compensación había inyec-

tado nuevas energías a mi fatigado organismo, y mi entusiasmo de siempre se había redoblado. Recuerdo que corría con más fuerza hacia los diligentes boleteros, que apostaba y volaba a las tribunas, saltaba, aplaudía, gritaba hasta agotarme y bajaba a cobrar gozando ese delirio. Y así, sin variantes, la maquinaledad se repetía. Bastaba que abriera aquel programa, que eligiese mi cancha preferida, mi día, mi época, mi pingo... y en seguida la curva desplegándose, el mismo círculo concéntrico, la espiral infinita...

Perdí los registros del tiempo. No existía transcurso, espacio, ayuno que me hiriera. Sólo las ansias de apostar, ese deseo de morder el final de la carrera, de saborear el triunfo, ¡mi triunfo!, ¡sólo el mío...!, aunque de antemano el programa, fríamente, lo fijara.

Cuando mi cuerpo dijo basta, estaba a punto de perder la vida. Fue por casualidad o extenuación, no sé. Lo que sí recuerdo es que arrastraba un paquete de dinero. Al entrar en el cuarto trastabillé y caí. En situación normal, habría sido un golpe y nada más. Pero en el estado en que yo me encontraba... Desde el primer instante me di cuenta de que no podría alzar y caminar. Mi cuerpo era una masa ciega de sufrimiento, casi un trapo vacío. Pedir ayuda era impensable. Nadie me la prestaría, no porque fueran todos malvados, sino porque un hípico jamás se pierde una carrera por minucias.

Con la esperanza de recobrar algunas energías, me coloqué de espaldas y me puse a estudiar ese entorno. Deduje que, si quería ponerme de pie, forzosamente tendría que asirme de algo. La ruma de billetes que a salto de mata había amontonado en ese cuarto se alzaba como torre de amenaza. Por nada del mundo me habría atrevido a sostenerme de aquel muro de dinero tan inestable y vacilante que bien podía venirse abajo y sepultarme. Incluso así, sin tocarlo, ya era un peligro latente.

Paseando la vista por el suelo, descubrí a pocos centímetros algo que brillaba. Pensé que era un charquito de agua detenida. Pero al estirar la mano comprobé que se trataba de un trozo de espejo.

Lo alcé y traté de verme el rostro.

Al principio no distinguí nada. Pero a medida que fijaba la vista el espejo se iba iluminando como una pequeña pantalla, y pronto se estableció en él una luz de amanecida. Renuente a creer en la veracidad del fenómeno, vi que sobre esa pequeña pantalla aparecía mi imagen de muchacho, y vi —cosa que ya había olvidado— mi primera apuesta en un tugurio.

Di vuelta el trozo de vidrio y cerré los ojos. Pensé que si descansaba, si trataba de olvidar lo acaecido, dentro de poco ese delirio cambiaría. En efecto, después de algunas inspiraciones y a pesar de que sudaba, me fui sintiendo reconfortado. Entonces volví a mirar aquel espejo.

Allí estaba yo de nuevo, más maduro, jugando en un casino. Esta vez no bajé la mano, y seguí mirando. Las imágenes se sucedían con relativa frecuencia, y en el centro de cada cuadro estaba yo, reeditando diferentes etapas de mi vida: en tugurios, casinos, hoteles, ciudades, hipódromos del mundo. La sucesión de esas escenas aparecía tan vívida que habría jurado que podía tocarlas con los dedos. Aquello correspondía a algo sobrenatural; mis sentidos —que funcionaban íntegros— se negaban a aceptar la mecánica irracional de esas visiones y, sin embargo, debo reconocerlo, sentía gran placer de verme allí, pletórico de energías, joven y seguro, patrón de aquellas pistas. Las últimas imágenes reproducían hechos recientes, transiciones por Nueva York, Las Vegas, Euston, Madrid...

De improviso, saltándose pasajes de mi existencia, el espejo me mostró aquel momento, el momento preciso en que yo lo miraba. Lo supe porque en un rincón, transformado casi en esqueleto, me descubrí tirado, muriendo en esa pieza.

Sí, señor; me estaba muriendo. En aquel instante comprendí que aunque yo mirara desde acá esa pantalla, la realidad estaba allá, reflejada crudamente en el azogue.

Dando un grito arrojé el espejo contra el muro, donde se rompió en infinidad de trocitos centelleantes. Me enderecé, giré sobre mí mismo y quedé frente a la puerta abierta. Salí

arrastrándome. Por mi lado pasaban apostadores, y yo les gritaba que abandonaran, que aquello era un engaño, que aún era tiempo de escapar...

Ninguno me hizo caso. Al contrario, se atropellaban sobre mí, sordos a mis gritos, insensibles a mi espanto. Dejé de gritar y seguí arrastrándome. Las manos comenzaron a sangrarme y la fatiga adormeció mis músculos debilitados. Los labios se me pegaban con la pastosa mezcla de saliva y polvo, y el piso, tal vez por la distorsión mental que me producía el pavor, parecía elevarse cual ribazo inesperado.

Después de mucho bregar, al salir de un recodo divisé la salida. Estaba allá, lejana, tan lejana en su claridad que se me figuró una pompa pronta a reventar.

Lentamente fui descontando terreno. Pero a medida que me acercaba a la meta, el suelo parecía tornarse más en subida, hacerse más liso, resbaloso e inclemente. De todas partes salían apostadores que pasaban sobre mí en su traqueteo sin fin. Sus figuras se me antojaban enormes, insensibles, casi sádicas. Traté de orillar el muro para evitarlos, y creo que en gran medida pude conseguirlo.

Ya no me quedaban energías. Me costaba alzar los brazos, apoyarme con los codos, reptar sólo centímetros. Al pasar frente a las ventanillas, vi que los boleteros asomaban sus cabezas de gárgolas y seguían mi desplazamiento de caracol con un regocijo tras el cual reconocí la señal innombrable del abismo.

Al comienzo esos rostros desfigurados de malignidad me espantaron más que mi propia condición física, pero aparté mi vista de aquello y sacudí mi miedo. Pues, ¿qué ganaba? Sólo colmar mi agotamiento y no poder seguir mi avance. Por el contrario, debía aprovechar que en mi favor obraba la momentánea ausencia de los hípicos. Habían subido a avivar a sus eternos preferidos, y algunos momentos se entretendrían en eso.

Continué arrastrándome, pero los cajeros, coludidos en una complicidad cloqueante, empezaron a lanzarme todo tipo de basuras, con el fin de obstruir mi retirada. Aunque aparenté

ignorarlos, temí que pasaran a mayores, alcanzándome con objetos contundentes.

A poco sentí una explosión de risotadas. Sospeché que estaban regresando los apostadores y que algunos se sumaban a la diversión de los cajeros. Pronto esa sospecha se transformó en evidencia: el lugar se había llenado de voces y rumores.

Estaba a un par de metros de la salida. Afuera, el día me ofrendaba la ansiada libertad; tras de mí, la noche y el averno me acosaban.

Di un envión final y avancé hasta casi tocar el borde. Mientras me procuraba un respiro, giré la cabeza para mirar hacia atrás; tenía la esperanza de ver alejarse a mis agresores. Grande fue mi espanto al constatar que, junto a los cajeros, una compacta multitud de hípicos avanzaba hacia mí, con la clara intención de devolverme al laberinto. Entre ellos, por su pestilente y grosera carcajada, creí advertir al maldito viejo de esta historia.

(Hay recursos poderosos ocultos en la naturaleza, fuerzas inanimadas que permanecen intactas y anónimas en los cofres profundos de sus propios secretos y que de repente aparecen y se desatan, evidenciando sus presencias colosales. Así es el hombre, aunque a menudo ingenuo portador de sus poderes. A veces una sombra o una luz nos cruza, algo despierta al interior viejos volcanes, un resplandor de audacia abre el cerebro, penetra siglos de mutismo y sueño y muestra, como a través de una fugaz ventana, el panorama sepultado de otras sendas, de otras energías...

Pero la fragilidad racional es inmanente, se impone, cae trizado el ínfimo relámpago, y otra noche y otro siglo esperarán ansiosos la repetición divina del milagro... E iremos, como la mula de la mina, cargando sin conocerlo el material precioso...).

No otra cosa me sucedió en aquel momento. Viéndome perdido, viendo que aquella conjura de seres desfigurados me seguía, viendo en sus rostros de zombis la oscura decisión de acabar con mi sueño libertario, el terror liberó en mi extenuado organismo fuerzas increíbles con las cuales racionalmente nunca habría contado, y pude dar una gran brazada hacia la salida y aferrarme decididamente al borde de su zócalo.

Sentí que algunos llegaban sobre mí, sentí sus respiraciones y sus manos, sentí que me tomaban de los tobillos y la ropa, sentí que me tiraban hacia adentro. Aferrado a mi zócalo salvador, no sufría dolores ni cansancio. Mi única obsesión era salir, y, sin soltarme, me puse a dar patadas a diestro y siniestro, a gritar, a maldecir, a tratar de zafarme de esas garras. Hubo un momento en que creí que serían ellos los vencedores; los dedos de mi mano comenzaban a ceder, a resbalarse, bañados en su propia sangre. Antes que el pánico me paralizara, intenté un último recurso: a fuerza de patadas y sacudidas, hice girar mi cuerpo hasta quedar de cara al grupo. Manteniendo una mano aún sujeta al zócalo, con la otra me puse a arrojarles cuanto llevaba encima; les arrojé fajos de billetes que volaban como ladrillos y que desaparecían en esos cuerpos informes; les arrojé monedas, una agenda, un cortauñas; les arrojé cosas tan leves e inofensivas que ahora me asombro al pensar en lo fútil del intento. Lo último que les lancé con furia fue aquel maldito programa hípico que se me estaba quedando en el bolsillo. Después de eso, nada más tenía; al menos así lo creí en ese momento.

Era mi reserva final, y el arma más vana de mi defensa.

Pero entonces ocurrió lo imprevisto. Emitiendo un ruido de hojas secas, el grupo se apretó entre sí y empezó a retroceder. Y a medida que se replegaba, se iba fundiendo en una masa de humo y de vapores. Entre la espesura de esos hollines aparecían y desaparecían rostros que hasta ahora no logro recordar.

Estaba en el umbral. Una hoja de aquel programa hípico, desprendida quizás cómo, se había adherido a una de mis manos sangrantes, y por más que traté de librarme de ella, no pude; ape-

nas me la quitaba de una mano, quedaba pegada en los dedos de la otra. Trataba de sacármela arrastrando la palma por el suelo, pero nada conseguía. Finalmente, me limpié ambas manos en mi ropa, y es posible que se haya quedado entre sus pliegues.

Libre ya de aquel resto de ícubo, rodé por los tres escalones y salí a la luz del día. Traté de ponerme en pie, pero caí en seguida. Antes de perder el conocimiento grité. “Estoy seguro de que grité”.

“Desperté en la choza de un hombre tan honesto y bondadoso como su pobreza. Me había lavado las heridas y acomodado en su camastro, dado agua y atendido no sé cuántas horas. Aunque yo no sabía qué día fechaba el calendario, podía adivinar que era un atardecer; lo supe por la oblicuidad de los rayos solares que penetraban por las rendijas de esas tablas”.

Traté de sentarme, y a duras penas lo logré. El cuerpo entero me dolía; una debilidad extrema me estaba consumiendo. En eso apareció el dueño del cuchitril, cargando un bulto de papeles. Era bajo y rechoncho, con una gran barba que le cubría media cara y unos ojos vivaces y amistosos que me dieron confianza.

—¿Cómo va el enfermo? —me dijo, alegrando el tono.

Le sonreí desde el rincón.

—Debe tomar agua. El agua da energías y lava el mal. Sólo en la piel el agua es un derroche.

Nada más que por darme ánimos estiré la mano y bebí. El hombrecito se sentó a mi lado. Cruzó las piernas y me dijo, señalándome con el dedo: ‘De otra así no escapa, amigo. Tuvo mucha suerte.’

Para sonsacarle datos me hice el ingenuo.

—¿Sí? ¿Por qué...?

—Porque estuvo varias noches en el basural de Zenofonte. ¡Nadie se mete allí al oscurecer! ¡Los que van, nunca vuelven!

Recordé, y estuve tentado de contarle. Notó mi vacilación y dijo: “No se esfuerce; es mejor que usted hable con doña Silfa. Ella lo aconsejará.”

Pronto llegó la mujer de marras. Era una vieja tan pobre y desaliñada como mi benefactor. Apenas entró me dio una mirada y dijo: “Claro, estuvo en el basural de Zenofonte.” Sin otro comentario le hizo una seña al hombre para que nos dejara solos, y una vez que éste se hubo marchado se sentó junto a mí y me pidió que le contara todo. Cuando terminé, movió la cabeza y me dijo: ‘Hombre, usted está muy débil, pero de alguna manera tendrá que darse valor, porque cuanto le voy a indicar tendrá que hacerlo antes que despunte el sol. ¡Es la única posibilidad de que escape de eso!’

—¿De qué?

—De lo que lleva encima.

—Yo creí...

—Si cree estar libre del basural, se equivoca. Ése no suelta así no más la presa. Pero no perdamos tiempo y haga como le digo.

(Pensar que antes de aquella experiencia me habría reído de la seriedad con que esa mujer trataba cuestiones esotéricas. Pero ahora...)

Me revisó. “Lo primero, devolver al basural lo que del basural se trajo”, dijo. De mis pantalones cayeron algunas aspirinas, cuatro fósforos y un lápiz de carbón. De repente asomó de un bolsillo un grueso fajo de billetes. “Las minucias son todas suyas, pero el dinero no”, dictaminó.

Al ver esos billetes, el torbellino del recuerdo me sustrajo por un instante; entre las imágenes apareció la hoja del programa, y se lo dije. Hizo otra revisión de mis prendas, pero sin hallar más novedades. La noté preocupada por ese detalle, pero finalmente me dijo: “Parece que lo único es la plata. Deberá gastarla toda antes del alba. Es mucha... ¡y será difícil! El basural lo sabe, y por eso se la dejó. Pero debe intentarlo.”

Se fue y me preparó unas sopas. Las tragué con ansias. Un calorcillo agradable me invadió todo el cuerpo; me sentí renacer.

Pronto estuve en pie. Me habían cosido y limpiado la ropa, y me sentí agradecido. Hasta último momento esa mujer me repitió sus instrucciones. Los saludé y partí.

Hice caso a la vieja y me vine en taxi a la ciudad. Fue así como entré aquí. “Lo demás usted ya lo conoce”.

El extraño dejó de hablar y se quedó un rato pensativo. Después se puso inquieto; se retorció las manos, hacía sonar los huesos y daba miradas furtivas para todos lados. Se habría dicho que una gran ansiedad lo corroía, o que percibía o temía ataques imprevistos. No me cabía duda de que me hallaba ante un caso de extrema paranoia. Si no hubiera estado seguro de eso, lo habría calmado, le habría asegurado que estando conmigo nada tenía que temer, que...

—¿Dónde queda su hotel? —le pregunté—. Si usted desea... Total, de todas maneras tengo que hacer tiempo...

Me miró con ojos ausentes y respondió: “No, gracias, no vale la pena. Ya todo acabó”.

Con la actitud propia del demente siguió retorciéndose los dedos y mirando para todos lados y haciendo gestos y movimientos descoordinados. De repente, sin darme el rostro, me dijo: “Usted no me cree, ¿verdad?”

—¡Y cómo no, hombre! ¡Vaya! ¿Y ese fajo de billetes? ¿Acaso no hay allí una prueba cabal de sus verdades?

—¡Cierto, el dinero! —dijo, iluminándose entero—. ¡Pero claro...! ¡Entonces...! Bueno, sí, ahora estoy seguro de que me cree...

Después me clavó los ojos. Tenía un rostro radiante. “¿Cómo no había pensado antes...? Claro, el dinero”, dijo, y se arregló las mangas, se sacudió las migas. En seguida se puso de pie.

—Debo irme —dijo.

Pronunció un gracias reverencioso me estrechó la mano y se fue.

Estuve bebiendo esa noche en El Tiuque (así se llamaba aquel boliche), en la misma mesa y con los mismos recuerdos, hasta las dos de la madrugada. A las tres tenía cita con un guapo. Salvar exitosamente el desafío era vital para mis sueños: había decidido cambiar de vida y me preparaba a revertir mis filos y mi historia. Volaría lejos, a donde nadie osase hurgar en mi pasado. Fernanda me daría pronto un hijo. Ahora, y por ellos, la mano se me hacía blanda.

Con respecto al relato del extraño, por más que le di vueltas no le hallé su lado lógico. Era una historia burda y fantástica, producto de la fiebre. Sólo que lo del fajo no cuadraba, y me entretuve sin éxito buscándole la hebra.

Llegado el momento de partir, pagué y me fui.

Ya en la calle, me agaché el sombrero; comenzaba a lloviznar. Subí por Artemisa, doblé en Dolores y atravesé para meterme por el pasaje de Don Diego hacia Ventanales. Iba llegando a la vereda de enfrente, en la parte justa donde hace esquina con el pasaje, cuando a mi izquierda, junto a un árbol, vi un bulto tirado. En esos casos conviene no detenerse, pero mi olfato, acostumbrado al fierro, me trajo olor a sangre. Cerciorándome de que la calle estuviera sola, me acerqué. Mis sospechas no eran infundadas: allí, enfriado por canallescas puñaladas, sorprendido en su debilidad y su indefensa gloria, yacía el extraño, rostro y pecho semivuelto al cielo, ojos cerrados, como si durmiera. Volví a escrutar el entorno, y, cuando me supe solo, registré sus bolsillos para identificarlo. Nada encontré.

Me aprestaba a retirarme, pero en esos momentos algo le blanqueó tras la camisa. Me incliné y lo saqué: era un papel. Sucio, manchado de sangre. Le di un rápido vistazo: “Hipódromo...”, y el resto era la parte que faltaba. Más abajo, una lista de caballos. Sin tomar en cuenta los riesgos que corría, lo doblé y envolví en mi pañuelo. Me agaché, di dos miradas y como un felino me perdí en las sombras.

La rabia me escocía. Aquellas puñaladas —cuya marca conocía— me dolían más en mi orgullo que en la sangre. Sabía donde encontrar la mano oscura: el asesino frecuentaba un bar.

Arrastrando el odio irrumpí en La Ermita. Quizás qué furia en mi pupila ardía; quizás qué crimen destilaba mi ojo. Un aire polar llenó el ambiente. Por sobre aquellos sustos, busqué la faz ambigua del matón; como si fallara, insistí, y volví a revisar al milímetro. Aún raspé con ira esas pupilas, indagué complicidades disfrazadas. Pero eran sinceros: no estaba.

“Está bien. Pero si lo ven, díganle que estoy despachando un negocito. El nuestro lo veremos después. Por el momento, bien puede irse encomendando”.

“Se lo diremos”, parecióme oírles; o fue sólo un terror el que me habló.

Allá en el claro, con el otro, cortito fue el encuentro. Me lavé las manos en la poza, limpié la daga y regresé a La Ermita. Allí esperé al matón hasta la siete. No llegó. Días después lo hallaron muerto, dijeron que en el basural de Zenofonte. No presentaba huellas de golpes ni de heridas. Así, no fue mi filo el vengador. Agregaron que estaba flaco y sucio, como perro rabioso; que el miedo lo metió al escombros, y que allí, en el basural, ni el hambre ni la sed le dieron coraje. Nadie sabe la verdad del entrevero. Pero sentíame bien, muy bien, cuando lo supe hediendo...Mi amigo el extraño, donde estuviera, ya estaría en paz.

Pasaron algunas semanas. Cambié de barrio, borré mi nombre de la noche. Ahorritos, por cierto, no faltaron. Me iría lejos, y no escondía mi alegría. Fernanda, con diligencia, preparaba todo para el viaje. Un día, mientras yo martillaba en el corredor y ella armaba bultos y maletas, me llamó asustada. Acudí. En sus manos, como una rosa seca, tenía el pañuelo ensangrentado, el que envolvía ese papel.

La calmé. No era nada. Sangre de narices y basta. “Pero ¿y este papel de carreras...? No me digas que te ha dado de nuevo por el vicio...”.

“No”, le respondí, tomándoselo. “Quema ese trapo; debe de estar podrido”.

Me fui a la luz a examinarlo. Sucio y ajado, no le hallaba el asunto. Era un pedazo de programa hípico; aparte de nombrar caballos, nada me decía. Iba a arrugarlo y echarlo al fuego donde ya ardía el pañuelo, cuando le vi la fecha: 11 de noviembre de 1974. No podía ser: estábamos sólo a 4, del mismo mes y año. Bueno: equivocación, error de imprenta. Convencido de la hipótesis, iba a tirarlo, pero también en ese momento convergieron a mi memoria la historia del extraño y su fatal destino. Me quedé pensando. Fernanda lo notó. Lo eché a la broma, y pronto se olvidó de aquel episodio.

Al cabo de un rato agarré el periódico y me fui al zaguán. No llevaba intenciones de lectura; sólo quería examinar ese papel.

El pedazo de programa mencionaba una carrera. Se correría el martes (sonreí), ¡el martes de la próxima semana...! Y justamente aquí, en la Zarzuela, en Madrid. Entre la sangre seca y terrible, podía leer el caballo vencedor: “Cámened. Dividendo récord: ¡5.600 con 10!” ¡Jamás visto en la ciudad!

Escondí el papel y me propuse no decírselo a Fernanda. Supersticiosa y débil, podía no tomarlo por la broma. En cambio, mi orgullo o mi porfía quería probarse una falacia. Decidí asistir al hipódromo ese martes.

Entre una cosa y otra, ese martes llegó. Compré el talón y entré temprano, mucho antes que las carreras comenzaran. Me interesaba sólo la quinta, y me entretuve con los bocadillos y el vino, rehuyendo la pista y a los paisanos.

Cuando abrieron los quioscos, compré el programa y con él en el bolsillo me fui a las letrinas. El único fin que me llevaba a ese lugar era comparar ambos impresos. Una onda gélida me cruzó la piel al comprobar la similitud de uno y otro. Sólo que

el antiguo, el arrugado y sucio, señalaba al final el resultado. Pensando aún en una broma, esperé mi turno.

Al darse inicio a las apuestas de la quinta, elegí un *bookmaker* clandestino, que sin pestañear aceptó la cruzada de la apuesta: cuatro mil duros al botado pingo Cámened. Aún más, lo vi que sonreía.

Me fui a las tribunas. Cómodamente ubicado en un rincón, aunque mostrándome tranquilo, por primera vez conocí la sensación de quien se asoma a un pozo profundo.

Lo que vino después fue lo esperado: Cámened ganó, el hipódromo casi se vino abajo. Hubo hechos de sangre, intervino la policía. El resultado se mantuvo, y el *bookmaker* me pagó una fortuna, también sin pestañear. Tanto dinero era, que hube de comprarle al hombre su valija para transportarlo.

Abandoné el recinto de inmediato. Tomé un taxi, le di mi dirección al chofer, cerré los ojos y me hundí en afiebrados pensamientos. No podía ser. Yo, desafiante de la muerte en cada esquina, jugador del pellejo a cierta suma, ahora, cuando sin apremios ni peligros cobraba una porrada, los bofes, que siempre fueron firmes, aflojaban, y mi corazón, tan fuerte en otras lides, galopaba como pingo en la pista.

El chofer me dijo: “Llegamos”. Sin cerciorarme, pagué y bajé.

Por un momento, el lugar me pareció el correcto. Pero al fijarme en los detalles, comprobé que el chofer se había desviado y me había tirado quién sabe dónde.

Maldiciendo, me fui en busca de otro taxi. Pero las calles se veían desiertas. Miedo a que me asaltaran no tenía. Iba bien armado con mi daga. Sin presunciones, no hay mano que use un tal acero ni que lo maneje tan diestra como la mía. Las preocupaciones, por lo tanto —si las había—, eran otras. Digo “si las había”, porque no estaba en grado de determinarlas. ¿Premoniciones? Tal vez. Pero, ¿por qué...? Con una tal bolsa en el puño, mi futuro era sonrisa. Caminaba solo, cierto. Pero, ¿era

la soledad una enemiga? No, claro; me había batido en cien potreros a deshora, en parajes desiertos, en cementerios solitarios. Pues entonces, ¿de qué tenía temor si no temía...?

Alcé la cabeza y traté de reconocer rincones. Madrid —después de Tucumán— es mi ciudad; nadie me cuenta cuentos sobre ella. Pero ese lugar, coño, yo no lo conocía... o no lo recordaba.

La calle se veía tenuemente neblinosa. Los árboles, en sus copas, se iban cubriendo de un espeso manto. El cielo parecía una olla oscura cuyos vapores se retorcían en lenguas grises y cambiantes. Instintivamente toqué mi daga; también aferré la valija. Miré hacia atrás, pero la neblina, tupida y negra, había caído, borrando los contornos. Seguí caminando. Al fondo se divisaba un enorme caserón. Empecé a recordar el relato del extraño, y, a pesar del frío, sentí perlititas de sudor sobre mi frente. Avancé resuelto. Al llegar al caserón, descubrí el senderito de la izquierda. Antes de entrar en él, saqué la daga y la escondí en la manga.

La alta muralla, a mi derecha, confirmaba detalles de la “historia”. Me parecía haber vivido antes esa experiencia. Apreté los dientes. Sabía que enfrentaría enemigos inesperados. Y ante los cuales quién sabe si mi mano y mi fierro de algo servirían. Pero me quedaba coraje. Y serenidad. Eso sería tal vez mi única chance en la aventura.

Llevaba caminados unos ochenta metros cuando me topé con las altas columnas. Me alejé un poco para mirar sus cimas. Y vi lo mismo que el extraño con tanta claridad me refiriera: sendas cabezas de caballos y el borroso letrado en la neblina: HIPÓDROMO DE ALICANTE.

Bajé los ojos y me encaminé a la entrada. Abierta como un gran boquete, daba inicio a un callejón bordeado de acacias. A pocos metros, la vista chocaba con un muro de niebla. Pero aquella masa no se insinuaba quieta, ni desplazándose lentamente como siempre. Su negra espesura la formaban otras bolsas de espesura, redondos humarajos que se estiraban y volvían a

juntarse, creando ya medusas, ya pólipos de hollín, ya enormes lenguas vaporosas o husos gaseosos que culminaban en otras espesas nubes reviradas que tornaban a girar y a desbandarse.

El espectáculo contrastaba con una impulsión que poco a poco cobraba vida en mi cuerpo: era un gran deseo de avanzar, de penetrar la niebla, de alcanzar la pista, de gozarme un escenario amado, guardado en los abismos de mi pecho. Toda la pasión que en mi juventud había sentido por el juego se resolvía ahora en mi alma con la misma fuerza e inquietud con que se debatía la viscosa niebla. Y mis pies, ligeros y nerviosos, buscaban adelantarse y dar pasos atrevidos.

Pero me quedaba la voluntad, la preciosa voluntad, y no di un solo paso. Por el contrario, sabedor de que aquello constituía la imantada garra de la muerte, retrocedí, traté de escapar. Pero al buscar el sendero a mis espaldas, comprobé que éste había desaparecido y que en su lugar viejos muros de ladrillos, humedecidos y musgosos, se habían levantado, formando un semicírculo rojizo, una ojiva mural que cortaba mi regreso.

Quién sabe si otro hubiese llorado de espanto en ese instante. Templado en otra fibra, trastoqué aquel temor en rabia pura. Enceguecido de furor, empuñé mi daga y, lanzando un grito gutural jamás usado, arremetí contra ese muro y hundí en él mi arma, como si ante mí tuviera al más odiado de los guapos.

En los ladrillos, como en el cuerpo de un cristiano, se abrió un boquete ancho como una herida; un grito hendió el silencio; y un chorro de sangre lacre, espesa y oleosa, explotó sobre mí, bañándome entero.

Por un momento me quedé alelado. Acostumbrado a discurrir con rapidez, comprendí que de seguir por esa senda, aunque fuera yo quien golpease, perdería sin duda la partida. Retrocedí y traté de razonar. Miré la valija; desde ya debía devolver a lo desconocido lo que de lo desconocido era. Sin soltar la daga, me asomé a ese callejón tétrico y oscuro. Tomé impulso, girando como un lanzador, y envié al centro de las nubes la valija.

Se produjo una efusión de figuras. Murmullos como de muchedumbres molestas y chillantes se oyeron en el fondo. Pero, aparte de eso, nada cambió. Entonces recordé que aún tenía en el bolsillo el pedazo de programa endemoniado. Me costaba mover las manos pegajosas de sangre por mis ropas bañadas en la misma suciedad, pero finalmente lo encontré. Lo hice una bola y también lo arrojé contra esa nube.

De nuevo los chillidos, de nuevo los murmullos, la efusión de vapores y la formación de figuras transmutándose. Pero nada más. A mis espaldas seguía sangrando profusamente el muro herido; el chorro, grueso y continuo, estaba formando una poza oscura y espumosa. De seguir así, se inundaría el lugar, tragándome en poco tiempo. Al frente, la única posibilidad de escape me la ofrecía el callejón. Miré la cortina neblinosa, y esta vez, no sé por qué, sonreí con desprecio.

Algo había cambiado en mí. Ya no me atraía el callejón hacia el hipódromo, ya no me atraía para nada. En cambio, la entereza de guapo y corajudo, ésa que siempre tuve, había vuelto a salir de mis entrañas y me asentaba dos piernas de hierro sobre el suelo. Todos los sentidos empezaban a funcionar con la misma claridad de siempre.

Observé el ancho boquerón de la neblina. No se notaba mutación alguna. Sus vapores se movían cocinando sus propios misterios insondables. Y comprobé con alegría que ya no me asustaba. Tampoco me sorprendí cuando detrás de esa cortina empezaron a insinuarse sombras humanas. Eran como danzas profundas, destinadas burdamente a intimidarme.

Al principio fueron eso: sólo sombras. Pronto se fueron recortando, y pude reconocer al Cheto, asesino infaltable de dos duros, a quien años atrás le había ajustado sin asco y con desdén las viejas cuentas. Salió de la niebla, dio un paso adelante (nunca le alcanzó para más la valentía), me mostró la herida mortal que le infligiera y me llamó varias veces al combate.

El Bayón —¡pobre Bayón!— también salió, e hizo lo mismo. Y así fueron desfilando el Porca, el Cono Liz, el Perro Soto,

Julín Canales y toda la sarta de desalmados que pasaron fugaces por mi filo y por los cuales jamás sentí ni el más banal remordimiento. Todos me llamaban y desafiaban desde el túnel de sus sombras; todos querían cobrarse en ese ícubo lo que no supieron defender donde debían.

Mientras los iba mirando con desprecio, recordé la historia del extraño. Recordé su figura debilucha, sufriente, sus nerviosos gestos, su locura. Y al comparar nuestros símiles destinos, me pregunté si todo eso no era más que un imposible viaje hacia uno mismo, al enfrentamiento consigo en el pasado.

Los guapos seguían saliendo y llamándome a la lucha. Y cuando ya todos se hubieron mostrado y vuelto a las sombras, me saqué la chaqueta, la enrollé en mi mano izquierda ensangrentada y empuñando firmemente la daga, entré.